

EL REINO.

DIARIO DE LA TARDE.



Año II.

Este periódico se publica todos los días, excepto los domingos.

Miércoles 3 de Octubre de 1860.

Redacción, Administración e Imprenta, calle de Hita, núm. 5, cuarto principal.

Núm. 296.

PARTES TELEGRÁFICAS DEL EXTERIOR.

Turin 1.º.—El rey se dirige á Ancona y se asegura que irá á Nápoles.

París 2.º.—Hay noticias ordinarias de Roma que alcanzan al 28. En consistorio secreto había dirigido Su Santidad una alocución, cuyo contenido se ignoraba aun.

París 1.º.—Victor Manuel, despues de haber visitado Bolonia y Ancona, se dirigirá á la frontera del reino de Nápoles.

Son falsos los rumores que una agencia telegráfica de Londres ha publicado, relativos á una conversación en San Petersburgo entre el príncipe Gortschakoff y el conde de Montebello.

París 2.º.—Los cazadores del Tiber han derrotado á los gendarmes pontificios y enarbolado el pabellón italiano en pueblos de la margen izquierda del Tiber. Los pueblos napolitanos en la frontera imploran la protección de Victor Manuel.

Londres 1.º.—El Daily News dice que el gabinete de Viena ha debido ser informado que la paz de Europa exige que cese la intervención de Austria más allá de las fronteras, porque dicha potencia no tiene derechos sobre el pueblo italiano, fuera del Véneto.

El interés que Inglaterra ha manifestado por el sosten de la paz general, la hará enemiga del que pretenda violar el principio de no intervención.

París 2.º.—Quedan el 3 francés á 68-95; el 4/2 á 96; el interior español á 46 7/8; el exterior á 47 3/4; el diferido á 39 3/8, y la amortizable á 22 1/4.

Londres 2.º.—Quedan los consolidados de 93 1/8 á 1/4.

SECCION EXTRANJERA.

La ansiedad en que se está respecto de la permanencia del Papa en Roma, ó de su salida para el extranjero, aumenta á medida que las cosas de Italia se aproximan á su desenlace natural. En París se ha dado como hecho positivo que Su Santidad había manifestado al gobierno francés, en una nota muy expresiva, su firme resolución de no permanecer más en la ciudad santa, si Piamonte no le devolvía las provincias que acababa de usurparle y le daba cumplida satisfacción de los agravios inferidos á la corte romana. Despues se ha dicho que el gobierno pontificio no había sido tan terminante en sus condiciones, y que el ultimatum en cuestión se limita á pedir que Piamonte justifique su agresión, lo cual es muy diferente. Sea de ello lo que se quiera, desde luego aparece fuera de duda que el asunto está todavía por resolver, y que en las últimas disposiciones del gabinete de las Tullerías de que nos habla el telégrafo, no se ve más que un nuevo paliativo del emperador Napoleón, cuyo pensamiento acerca de la península italiana es hoy más impenetrable que nunca.

Uno de los corresponsales parisienses de *L'Independance Belge* asegura que despues de haberse reunido en consejo el gobierno de S. M. I., confió al presidente del Senado, M. Troplong, la redacción de una nota explicativa para la Santa Sede, en la que además de justificar su política, rechaza toda la responsabilidad que se

le atribuye en cuanto á la conducta de Piamonte. Parece que el personaje nombrado, escritor de reconocida habilidad, ha tenido felices inspiraciones, y que se abriga la mayor confianza en el buen resultado del susodicho documento. A nosotros se nos figura que su mayor eficacia eficaz estriba en el aumento de la guarnición francesa de Roma y en la decisión del gobierno francés de conservar el Papa en la capital del mundo católico, á pesar suyo, pues no de otro modo deben entenderse esas reiteradas protestas del *Moniteur* y de los órganos oficiales de París, en las que salen á relucir constantemente los deberes y las simpatías que Francia siente hacia el Padre Santo, mezclados con las exigencias que lleva consigo la presencia del pabellón imperial en los muros de Roma. Sin embargo, la opinión de que el jefe supremo de la Iglesia rompa al fin las trabas que quieren imponersele, obrando en sentido muy distinto de lo que el monarca francés desea y espera, ha tomado bastante consistencia para que en París mismo se crea próxima la salida de Pio IX.

Aguardemos, pues, á ver cuál es el fin de este grande conflicto, que no tardará mucho en saberse, debiendo hallarse á estas fechas en Roma el diplomático Cadore, portador de importantes pliegos para las autoridades francesas de aquella capital, y contentémonos con saber entretanto que las tropas imperiales no tienen allí otra misión que la de proteger la persona del Papa. Más tarde se sabrá probablemente cuáles son los peligros que la amenazaban.

Las noticias que se van adquiriendo poco á poco del combate de Castellidardo, presentan la conducta del general Lamoricière, indignamente calumniado por sus enemigos, bajo un aspecto más favorable al buen nombre del ilustre jefe de las tropas pontificias. Los que le acusaron de cobardía, convienen en que hizo esfuerzos sobrehumanos, y ven su derrota en un poder más fuerte que el de los reyes y de los Papas: el de la fuerza. ¡No es poca fortuna que se haga justicia al valor desgraciado, aun cuando para ello se invoquen teorías repugnantes que por ahora ni siquiera pueden aplicarse al reino de Nápoles!

Todos los diarios extranjeros están conformes en que los soldados del rey Francisco II de Borbon no solamente se batieron con los revolucionarios, sino que los han vencido en las orillas del Volturno en repetidos encuentros. Los garibaldinos hicieron alarde de su presencia el 19 del pasado delante de Cápua, mientras que al mismo tiempo ocupaban las posiciones ventajosas de Cajazzo, no sin pagar con sangre su operación, que las tropas reales disputaron despues, hasta que en la noche del 22 al 23 volvieron á apoderarse definitivamente de Cajazzo, que habían recuperado y perdido dos veces.

Garibaldi no ha sido más afortunado en Gaeta. Había intentado interceptar un convoy de víveres entre esta plaza y Cápua, pero el valor de las tropas reales se ha interpuesto á la realización de sus deseos, así como la fidelidad de algunos jefes napolitanos á la causa del rey descompone todos sus cálculos. El comandante Liorea en el fuerte de Baia, punto donde se conservan las municiones de guerra del ejército napolitano, es un noble ejemplo de esta verdad. Contando con unos 200 veteranos y con víveres para veinte días, el comandante de artillería Liorea se ha complacido en responder á las intimaciones de los revolucionarios con palabras

propias de un militar pundonoroso y leal á su bandera, mereciendo por ello que los honrados patriotas lo tratasen de *extravagante* y de *impertinente*; y viéndose ya en el caso de mostrarles hasta dónde llegaba la verdad de sus sentimientos y la fuerza de su energía, mandó que se le administraran los santos sacramentos, y declaró que antes de rendirse prendería fuego á los almacenes de pólvora cuya custodia le estaba encomendada, muriendo con todos los suyos entre sus ruinas.

Aunque con manifestaciones de otro género, el general Fergola, jefe de la ciudadela de Messina, no se muestra menos resuelto á mantenerse firme en su puesto, sin que le hagan vacilar los adelantos revolucionarios; de manera que por infructuosos que lleguen á ser los esfuerzos de la fidelidad y el heroísmo, como lo serán sin duda alguna, si los acontecimientos no reciben un impulso distinto del que ahora han tenido, el honor militar de las armas napolitanas quedará salvo, y la infamia de los generales traidores á su rey se aumentará en proporción de la resistencia de los que han sabido luchar en días aciagos.

Ya que hablamos de traiciones, bueno será apuntar que tambien empieza á recoger el fruto de lo que tanto se ha afanado en sembrar Geribaldi. *La Patrie* anuncia que el dictador se disponía á quitar el mando de la flota napolitana al almirante piamontés Persano, á quien él mismo se la confirió en momentos de mejor armonía; pero el mismo periódico añade que se duda mucho consista el Sr. Persano en obedecer hoy otras órdenes que las que emanan de su soberano. En verdad que da lástima el ver al pobre Garibaldi como á la zorra en casa de la cigüeña de la fábula.

Por lo demás, los anti-anexionistas baten palmas viendo que sus amigos componen el nuevo ministerio que se ha formado en Nápoles para reemplazar al del Sr. Liborio Romano. Opinan que solo en el Capitolio debe proclamarse la unidad de Italia, y amenazan á Piamonte con dar al célebre caudillo la dictadura perpétua si no quiere conformarse á su modo de ver la gran cuestión que tan divididos los trae, mientras que Garibaldi á su vez declara que por la segunda vez se le pone en la dura alternativa de *faltar á su programa* ó *cometer un crimen*. Todas las apariencias parecen indicar que la comedia tan hábilmente representada por el conde de Cavour y Garibaldi ha tomado un carácter trágico, fecundo en accidentes.

Hasta cuándo durará ello? Los diarios ministeriales de Turin desmienten con toda formalidad lo de las cesiones consabidas á Francia. Se explica que lo hagan; pero no por eso disminuye la gravedad que ha dado á esta cuestión el haberse ocupado en ella oficialmente lord John Russell, ministro de Negocios extranjeros de la Gran-Bretaña. Atribúyese á la entrevista de Varsovia el objeto de tratar del restablecimiento de los principios monárquicos en Europa, y se añade que lord Palmerston y lord John Russell están de acuerdo. Pronto lo veremos.

El emperador nuestro muy gracioso soberano, estima en mucho lo que los voluntarios austriacos al servicio del Pontífice hacen, tanto en favor de la santa causa que están llamados á defender, como en honor del ejército, en el cual han recibido, casi todos su educación militar. S. M. espera, su ceda lo que quiera, que estos voluntarios perma-

nezcan fieles á sus banderas, y en el día del combate cumplan su deber hasta el fin, acordándose siempre de sus antiguos compañeros de armas, cuyas miradas están siempre fijas en ellos. El emperador, por lo demás, hace los votos más sinceros porque los batallones compuestos de voluntarios austriacos rivalicen todos, oficiales y soldados, en celo y en valor, á fin de que la victoria corone sus esfuerzos si las banderas revolucionarias llegan á atacarse.

Pero si, lo que Dios no permita, las tropas pontificias deben sucumbir despues de una lucha gloriosa contra la revolución, triunfando esta en los Estados de la Iglesia, el emperador no negará su solicitud á aquellos de sus súbditos que hayan llenado con honor y valor su deber en el ejército del Santo Padre. En este caso el gobierno imperial admitirá sin dilación á los batallones voluntarios, en su formación actual, al servicio de S. M. austriaca, y los oficiales especialmente conservarán sus grados. Todos los voluntarios austriacos, oficiales y soldados, saben las disposiciones favorables que su emperador ha tomado por ellos. Puedan ellos encontrar un poderoso motivo más de demostrarse dignos del nombre de austriacos, sirviendo con fidelidad inquebrantable y una adhesión sin límites la noble causa á que se han consagrado. Tal es el deseo del emperador.—Baron de Bach.

El *Daily News* ataca violentamente la pretensión atribuida á Rusia de querer mezclarse en los negocios á pretexo de salir á la defensa de los principios monárquicos. El órgano de lord John Russell recuerda que el emperador Nicolás se abrogó una misión análoga, y añade, que esta política fué ya vencida en Crimea. El periódico citado se resiste á creer que el emperador Alejandro piense seriamente en desafiar á Francia, ayudando á Austria en Italia.

Un corresponsal de la *Independencia Belga* en París dice á propósito del último manifiesto de don Juan de Borbon: «Sábase por un folleto publicado en Londres, que D. Juan declina toda participación en el último movimiento carlista. Mis noticias están en desacuerdo con las del autor del folleto. Creo saber que D. Juan se vistió en Bruselas en Febrero último con el conde de Montemolin, y fué de los que insistieron que se apelase inmediatamente á las armas. Hasta se me asegura que en aquella entrevista prometió á su hermano contribuir con su bolsillo y su persona á la expedición que se preparaba. Lo que no admite duda es que creyó deber disculparse para con su hermano porque escribió á Tortosa una carta que vieron algunas personas, y en la cual decía que sentía vivamente no haber podido seguir á su hermano y que si se había quedado atrás había sido contra su voluntad. Estos detalles retrospectivos, cuya rigurosa exactitud garantizo, no carecen de interés ni de elocuencia en el momento en que D. Juan se declara pretendiente de la nueva escuela y humildísimo servidor de la voluntad nacional.»

SECCION OFICIAL.

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

REAL DECRETO. En uso de la prerrogativa que me compete por el art. 26 de la Constitución de la monarquía, y conforme con el parecer de mi Consejo de ministros, vengo en mandar que se reúnan las Cortes el día 25 del mes actual para continuar las sesiones suspendidas por mi real decreto de 5 de Julio último.

Dado en Barcelona á dos de Octubre de mil ochocientos sesenta.—Está rubricado de la real mano.—El presidente del Consejo de ministros, Leopoldo O'Donnell.

PROCLAMA DEL EMBAJADOR DE AUSTRIA EN ROMA.

El emperador nuestro muy gracioso soberano, estima en mucho lo que los voluntarios austriacos al servicio del Pontífice hacen, tanto en favor de la santa causa que están llamados á defender, como en honor del ejército, en el cual han recibido, casi todos su educación militar. S. M. espera, su ceda lo que quiera, que estos voluntarios perma-

100 SANTIAGO

—No quiero que esta víbora venga á arrastrarse por aquí, respondió Vivant en voz bastante alta para que Brulard no perdiese ninguna de sus palabras. —Atrás, miserable! añadió blandiendo la silla sobre su cabeza, á pesar de los esfuerzos de Dionisio para detenerle. —Atrás! repitió con una voz sofocada por la rabia. —Atrás! ó te rompo los huesos.

El rostro descarnado y habitualmente lívido de Brulard tomó el aspecto repugnante de un cadáver en que comienza la descomposición; es decir, que grandes manchas violáceas salpicaron su horrenda palidez.

Pero á pesar de estas inequívocas señales de furor y de miedo, permaneció inmóvil en su puesto, como un hombre decidido á arrostrar todo, y pasó una mirada desdeñosa y fiera sobre Adriana y Vivant.

Esta aparente firmeza frente al peligro hizo cierta impresión sobre el primero, porque bajó lentamente la silla; despues se cruzó de brazos, como para dar tiempo á Brulard para explicarse si es que tenía alguna razón que alegar para justificar su presencia en el castillo.

Dionisio creyó deber tomar la palabra á fin de poner término á esta violenta situación.

—Ciertamente, Sr. Brulard, dijo que habreis creído ir á otra parte cuando habeis venido aquí, y os suplico con todo mi corazón que os volváis por nuestro camino; el aire es demasiado fresco para vos en esta montaña.

DE BRANCION. 101

—Gracias por el consejo, Sr. Dionisio; pero aquí es donde he pensado venir, y mientras aquellos que solo tienen derecho para mandar no me despidan, permaneceré.

Vivant colocó sus crispadas manos sobre la silla, cuyos palos principieron á rechinar.

—¿Entonces, qué queréis? preguntó Dionisio, sorprendido de esta sangre fría y de esta resolución en un hombre que había conocido siempre como cobarde y prudente en su maldad.

—Quiero ser conducido ante el señor de Brancion, porque tengo que hablarle y sé que está aquí.

—¿Quieres hablar á mi amo? dijo Vivant con una mezcla de desprecio, de ironía y de amenaza.

—Yo no os tutco, Sr. Vivant, replicó Brulard, y os ruego que hagais lo mismo conmigo.

—¿Quieres hablar á mi amo? repitió aquel con una acentuación más marcada. —Y qué tienes tú que decirle? ¿Qué infamia vienes á proponerle? —Asesino, espoliador de su familia!

—Ya lo sabreis si juzga á propósito decirlo, respondió Brulard con firmeza. Vaya, no hay ninguno aquí que se atreva á conducirme? —Pues qué, te hace falta quien te guie? dijo Adriana á su vez. —Te es necesario un criado, señor Champaña? Anda, ve solo; tu sombra te servirá, que ya debe conocer el camino.

104 SANTIAGO

tos de sus antiguos servidores, cuyo odio hacia Brulard estaba bien justificado.

Así es que volviéndose á este, le preguntó con fria severidad si era cierto que tenía alguna cosa que comunicarle.

—Sí, señor, contestó Brulard, y os suplico me concedais un momento para hablaros en particular.

—Perfectamente, contestó Santiago, aun cuando no puedo explicarme el motivo; porque comprendereis que nada de comun hay entre vos y yo, siendo lo que más me sorprende que vos solo en el país no hayais juzgado á propósito aproximarme á mi en tres años que he vivido en él, y hoy que vengo por algunas horas me pidais una entrevista. En fin, mi incertidumbre será de corta duración. ¿Queréis permitirme escucharos aquí?

—Como gustéis, caballero, contestó Brulard.

—Dejadnos por un momento, amigos míos, dijo Santiago dirigiéndose á Vivant y á Adriana; en seguida nos veremos; seguidnos, ni buen Dionisio; pero no te marches del castillo hasta que te vea despues.

Adriana, Vivant y Dionisio salieron, y cuando Santiago y Brulard se quedaron solos, el primero designó una silla al otro, y en seguida pareció invitarle á que explicase el motivo que le traía.

Brulard se recogió unos momentos, y debía necesitarlo, porque toda su persona demostraba una excesiva alteración. Abria y cerraba las manos convulsivamente; gruesas gotas de sudor inundaban

EL REINO.

MADRID 5 DE OCTUBRE DE 1860.

Ofreímos ayer hacernos cargo del artículo que nos consagró *El Clamor* en su número del mismo día. Para que el público pueda conocer las piezas del proceso que vamos á someter á su fallo, empezamos transcribiendo el párrafo en que *El Clamor* formula desde luego la acusación que nos dirige. Dice así:

«Jamás en nuestra larga carrera, ni cuando las pasiones políticas se hallaban más encendidas, ni cuando más enconado era el debate entre los periódicos, en las épocas de mayor frenesí, de mayor exaltación, hemos observado en los diarios retrógrados, ni en los periódicos ministeriales, una conducta ménos circunspecta, un proceder más violento, una saña más reconcentrada. Nadie se atrevió, sean cuales fueren las circunstancias, á lanzar acusaciones tan violentas, cargos tan infundados y tan gratuitos como los que *El Reino* se atreve á hacer en su número del sábado, y acoge al día siguiente *El Diario Español* recargado, si es posible, la pintura, y aumentando, en cuanto cabe, la dosis de veneno para difamar, ya que responder no es posible, á las oposiciones leales, imprimir un sello de ignominia en la frente de los hombres francos que combaten con energía, pero con dignidad, á la situación actual y á las tendencias reaccionarias en que se apoya.»

Los párrafos de nuestro artículo á que *El Clamor* se refiere y que tenía por objeto demostrar á *El Horizonte* hasta qué punto era ocasionado su proceder á perjudiciales sospechas, estaban concebidos en los términos siguientes:

«Ya hay quien sospecha que la coalición propuesta por *El Horizonte* y rechazada en público por los progresistas y los demócratas es un hecho realizado, á pesar de las declaraciones y protestas de unos y otros. Ya hay quien atribuye á manejos secretos de fuerzas combinadas de distintas procedencias el deliberado intento de conspirar para echar por tierra lo existente, de acuerdo con influencias extranjeras siempre codiciosas de abatirnos y de humillarnos. Tampoco falta quien enlace ciertas evoluciones y declaraciones con lamentabilísimos sucesos recientes que acaban de costar otra vez sangre española.

Nosotros no nos atrevemos á creer que estas sospechas tengan fundamento razonable. Pero si en realidad no lo tienen, ya comprenderán los que con su conducta han dado margen á despertarias, cuán desatentado y cuán ciego ha sido su proceder.»

Si fuéramos capaces de dejarnos arrebatar de la ira en los términos en que lo ha hecho *El Clamor*, ó de usar en las discusiones destemplanza semejante á la que ha empleado en este caso, diríamos que la furia de dicho periódico es de tal naturaleza, que no parece sino que hemos descubierto el juego de los conspiradores revolucionarios para quien todos los medios son buenos, con tal de llegar al fin de destruir lo existente.

No apelaremos, sin embargo, á la entonación melodramática de nuestro apreciable colega. No desnaturalizaremos la índole de su escrito pa-

DE BRANCION. 107

La presencia de Vivant no le dejó duda alguna; el ex-dragon le contó al instante la feliz circunstancia que les había permitido venir á pasar algunas horas en San Reverien.

Dionisio dirigió una mirada escrutadora desde Adriana á Vivant, sorprendiéndose de no hallarles más expansivos en su alegría.

—Tenéis un aire de no sé qué, les dijo; ¿qué significaba eso, estando aquí el señor conde?

—Esto significa... significa, contestó Vivant, que no tenemos motivo para estar tranquilos.

Y puso en seguida á Dionisio al corriente de todas sus inquietudes, recordándole que una noche ya se las había medio confiado.

Dionisio no demostró ni sorpresa ni indignación; se hacían extraño á todas las impresiones vivas, y poco faltó para que su flemo no le atrajera una violenta reprimenda de Adriana, que en este momento estaba fuera de sí, aun cuando hacia los mayores esfuerzos para contenerse.

—Ciertamente, dijo Dionisio, que andan algunos amoreillos; pero esto no es una razón para que concluyan en matrimonio. Nosotros ya sabemos algo de eso, ¿no es verdad, Vivant? Por lo demás, no tengais cuidado: si alguna vez el viejo Brulard (porque es él quien anda en esos enredos, y su hija le sirve de instrumento); si alguna vez, como iba diciendo, el viejo Brulard llega á engatusar al señor conde, yo me encargo de limpiarle el comedero; y la niña, despues de haber perdido sus

ra atribuirle mayor alcance y trascendencia de los que tenga ó parezca que tiene. Sin echarla de víctimas (aunque nos hemos guardado muy bien de implorar el perdón de nadie, como otros lo han hecho cerca de aquellos á quienes trataban con dureza que no ha empleado El Reino jamás, ni con sus mayores adversarios, para que se les condenasen multas impuestas por el tribunal de imprenta), procuraremos demostrar la injusticia con que procede El Clamor al hacerse cargo de nuestras palabras.

Hemos dicho y repetimos que las especies á que se refieren los párrafos de nuestro artículo del sábado, que han exaltado la bilis del diario progresista, no son invención caprichosa de El Reino, ni siquiera somos nosotros los primeros que hemos hablado del particular. Y á pesar de ello, ninguno de los otros periódicos progresistas (tan progresistas cuando menos como El Clamor) se ha dado por escandalizado ni ha manifestado indignación parecida á la de este.

Demos de barato que los rumores á que aludimos, rumores demasiado generalizados y que ignoramos cómo no han llegado á oídos del periódico intermitente, fuesen absolutamente absurdos. Aun en ese caso, si había quien no creyéndolos tales los propalaba y difundía, la prensa conservadora estaba en el derecho y en el deber de hablar de ellos para llamar la atención del gobierno y ponerle en guardia por lo que pudiera sobrevenir. Nadie menos que El Clamor, que con tanta facilidad acoge todo lo que puede desfavorecer á sus adversarios, tenga ó no fundamento razonable, podría alegar derecho de inviolabilidad para los reprobados manejos de estos ó aquellos conspiradores, ni exigir que se guardase silencio acerca de un asunto que en las actuales circunstancias importa mucho depurar y esclarecer.

Nosotros no hemos tratado de acriminar á nadie. Nosotros no hemos aludido ni remotamente á El Clamor, ni se nos pasó siquiera por la cabeza el nombre de este periódico al hablar de lo que todo el mundo ha oído repetir en calles y plazas, en tertulias y paseos. ¿Por qué, pues, se desata contra nosotros la cólera de El Clamor? ¿Porque este procura sincerarse y se expresa como si le hubiéramos señalado con el dedo al decir que hay quien sospecha que se conspira con el intento de echar por tierra lo existente de acuerdo con influencias extranjeras siempre codiciosas de abatinos y de humillarnos? ¿Olvida El Clamor Público aquel adagio de *excusatio non petita, accusatio manifesta*? ¿No tendrían derecho para hacer este comentario los que, conociendo lo que hemos dicho en nuestro artículo del sábado y el objeto con que lo hemos dicho, lean el siguiente furibundo párrafo del diario intermitente?

«Nosotros, dice El Clamor, rechazamos con la más profunda indignación esos ataques; y con la seguridad que da al hombre honrado su conciencia pura, con la altivez propia de quien, á Dios gracias, puede levantar erguida su cabeza y mirar de frente á sus adversarios, que no resistirían nuestras miradas, les desafiamos á que prueben sus acusaciones, á que sean francos y leales, á que descortan el velo, á que llamen las cosas por su nombre, á que citen las personas del partido liberal de quienes se sospecha el deliberado intento de echar por tierra lo existente, de acuerdo con influencias extranjeras, siempre codiciosas de abatinos y humillarnos. Mientras no nos lo prueben, serán calumniadores, y tendremos el derecho de llevarlos como tales á los tribunales de justicia.»

Suponemos que entre esos adversarios que no podrían resistir las miradas de El Clamor, no tendrá nuestro apreciable colega la vana pre-

sunción de contar á El Reino, porque si lo contase, nosotros nos encargáramos de probarle que se equivocaba de todo punto. Si El Clamor se indigna, bien porque haya progresistas capaces de responder al llamamiento de monstruosas coaliciones, como la propuesta por El Horizonte, y le duele que esto suceda; bien porque, no existiendo los manejos subterráneos de que se habla, haya quien crea en ellos y tenga por artículo de fé su existencia, pegue en buen hora con la voz pública que encuentra verosímiles semejantes suposiciones (dado caso que lo sean), y que habla del particular, sin rebozo, en todas partes.

¿Peregrino liberalismo el de El Clamor Público! Pide á todas horas absoluta libertad de imprenta, y se queja porque no se nos ha hecho callar ó no se nos ha castigado por alarmistas, y hasta por calumniadores, á consecuencia de haber hecho una observación que está muy en su lugar y que nada tiene de calumniadora ni de ofensiva, porque nosotros no hemos dado por exacto lo que se ha dicho y se está diciendo todavía, sino que se lo recordamos á El Horizonte para que comprendiese qué género de sospechas se exponía á suscitar con su desatentada conducta. ¿Es esto alarmar ni calumniar á nadie?

Creíamos nosotros que al reaparecer el antiguo Clamor Público, vencido el plazo de su alquiler, vendría á la arena del periodismo curado de sus exageraciones y extravagancias. Al oírle predicar moderación y templanza, creíamos que sería el primero en dar ejemplo, y que habría formado tan saludable propósito aleccionado por la experiencia y persuadido de que cierta clase de lenguaje, lejos de servir para esclarecer las cuestiones, sirve solo para degradarlas y envilecerlas, redundando en perjuicio notorio del escritor que lo emplea. Desgraciadamente para El Clamor nos equivocamos en tal creencia.

Podríamos decir mucho más; pero lo expuesto es bastante para que se conozca la sinrazon con que ha procedido El Clamor Público al hacerse cargo de los párrafos de El Reino que, para mayor conocimiento del lector, hemos reinsertado en el presente artículo. Podríamos devolver á nuestro desafortunado colega injusticia por injusticia y dicerio por dicerio. Esto, sin embargo, sería igualar nuestro proceder al suyo, y librenos Dios siempre de caer en tan desdichada tentación.

ENSEÑANZA DE LA MEDICINA (1).
VII.

Hemos dicho en uno de nuestros primeros artículos que el arreglo de cátedráticos y asignaturas hecho en 14 de Marzo último es lo peor de cuanto hasta ahora se ha conocido, y nos proponemos probar en este nuestra asercion, cosa por cierto sobrado fácil, puesto que dicho decreto se presta á mucho más de lo que nos proponemos decir en su censura.

Doce cátedráticos de número y tres supernumerarios se destinan á las facultades de medicina de distrito, y uno más de cada clase para la central: no puede decirse que hay economía respecto á las primeras, al paso que resulta hasta mezquindad en la segunda. Si, pues, probamos, como lo haremos, que la enseñanza pierde en el modo como va á darse, resultará que gastando más resolvió el gobierno el difícil problema de obtener menos; y que en cambio

(1) Véanse los números de El Reino correspondientes á los días 5, 11, 12, 14, 21 y 25 de Setiembre.

se priva de lo que siquiera por decoro del país debía conservar y hasta fomentar. En efecto, la facultad central debía ser modelo de las de su clase, rivalizar con las del extranjero, y poseer hasta asignaturas de perfeccion que no se hallan incluidas entre las del bachillerato y de la licenciatura, sino que sirven para que el médico aplicado pueda dedicarse á ciertos ramos que no es posible dar ni aun medianamente en las cátedras hoy establecidas. Las enfermedades de la piel, de los ojos, de las vías urinarias, las sífilíticas y otras varias se encuentran en este caso, y desde luego no se nos negará que tienen por lo menos tanta importancia como las cátedras de árabe, de sanscrito y de literatura teológica y de otras razas, cátedras que hoy se hallan establecidas en la Universidad central y en algunas de distrito. No es esto criticar su existencia, que nada está más lejos de nuestro propósito; es buscar un ejemplo que tenemos á la mano sin salir del establecimiento.

Pretender, como dice el preámbulo, que la enseñanza de la medicina sea igual en Madrid que en provincias, no pasa de un bello deseo, pero irrealizable. Y decimos irrealizable, porque para conseguirlo deberían elevarse todas á la altura que les corresponde; y como esto no se hace, ¿vale la uniformidad el sacrificio de que no quede ni una sola escuela perfecta? ¿A nadie se le debía ocurrir esto, y se le ocurrió al gobierno actual.

Bien sabemos que las especialidades en la facultad central tienen cierto mal recuerdo de su origen y objeto personal; pero esta no es razón, y hoy repetimos lo que el autor de estos artículos escribía entonces: «Lo peor de todo es disponer que se supriman las plazas segun vayan ascendiendo los que las desempeñan: si no son útiles, ¿para qué se establecen? Si son convenientes, ¿para qué se suprimen? Y su utilidad nadie la puso en duda: vea el gobierno el modo de proveerlas bien y con justicia, y los médicos aplicados le agradecerán poder hacerse especialistas en diversos ramos, sin tener como hoy que ir á estudiarlos al extranjero.»

Pero analicemos las asignaturas obligatorias para ejercer la profesion. Empezamos por la anatomía, dividida en dos cursos, cada uno con su cátedrático de número, y además un supernumerario para los ejercicios de osteología y diseccion; total tres cátedráticos. No se dirá que se escaseó el personal en esta asignatura; en 1847 se nombró un segundo cátedrático que era á la vez director de trabajos anatómicos y todavía pareció mucho, y hoy esta plaza se subdividió en dos. ¿Quién nos negará que puede suprimirse una sin perjudicar á la enseñanza, y aprendiendo los alumnos exactamente lo mismo que hoy se les exige?

Sigue la fisiología, y respecto á ella haremos una reflexion sencilla, pero contundente. El consejo de Instruccion pública, que hoy desempeña la plaza de ponente de la seccion de medicina, fué por muchos años cátedrático de fisiología: el curso era escaso para sus lecciones, que jamás pudo concluir, y sabemos que hizo repetidas gestiones para que su cátedra se explicase en dos años, como la de anatomía. Y hoy consiente que se explique no solo en uno, sino que este sea de lecciones alternas, es decir, en medio. Se dice de público que no está conforme el antiguo cátedrático con esta variacion. ¿Cómo, pues, por qué y por quién se hizo? Si al ponente del Consejo no se le atiende en lo que es justamente su especialidad, ¿cómo va á seguirse su consejo?

Pero adoptado el que las lecciones de fisiología sean alternas, y estando *ab initio* el cátedrático de esta asignatura, en las facultades de distrito, encargado tambien de la de higiene privada, ¿por qué hoy se le releva de este encargo? ¿Por qué no economizar aquí otro cátedrático sin lastimar en lo más mínimo á la enseñanza? Se dirá que es necesario para la higiene pública; á lo que contestamos: primero, que esta podía seguir como estuvo siempre, en provincias agregada á la medicina legal, y separada en Madrid porque constituye una de las cátedras del doctorado; y segundo, que adoptando el mal sistema de lecciones alternas en cátedras importantes, quede la mitad del curso libre al profesor de terapéutica y materia médica, y podía emplearlo en explicar higiene pública.

Véase, pues, cómo nosotros aceptamos la cuestion en el terreno que se nos quiere presentar. Si en el de la ciencia, no debe haber cátedras alternas; si en el de la economía, llevamos analizadas cuatro asignaturas y propuesta la economía de dos cátedráticos, dándose las mismas lecciones y en la misma forma que actualmente está dispuesto.

Pero terapéutica, materia médica y arte de recetar no pueden explicarse en un solo curso de lecciones alternas; la segunda de estas materias ocupa uno entero de leccion diaria; y si se han de dedicar algunos á la filosofía de la terapéutica y siquiera cuatro ó cinco á la crítica del método homeopático, ¿qué queda para lo demás?

Pero lo más grave de todo, y no lo parece, es la clinica de operaciones alternando con las asignaturas de anatomía, quirúrgica, operaciones y vendajes. En esta materia podemos y debemos ser explícitos. No creemos que ningun móvil que no sea honroso haya influido para que la enseñanza se dé en fisiología y terapéutica como dejamos dicho; pero siquiera hay el deseo de trabajar menos, y es una razon poderosa. Pero en la clinica de operaciones ni aun hay eso, ni menos puede decirse que necesite quien la desempeña en Madrid darse á conocer, que sobrado justa es su reputacion de operador en España y en el extranjero.

La enseñanza de esta cátedra, como hoy está establecida, tiene los graves inconvenientes que vamos á exponer:

1.º Privar á los alumnos de la mitad de las lecciones de anatomía quirúrgica, operaciones y vendajes, materias para las cuales el curso entero es corto, y por tanto en leccion alterna no pueden enseñarse ni aun medianamente.

2.º Establecer una clinica, contra la lógica, antes de la teórica; y decimos antes, porque como las lecciones siguen su orden, y las clinicas toman los enfermos segun se presentan, pudiera suceder muy bien, y sucederá de fujo, que se operen cataratas antes de haber explicado la sangria.

3.º Dar á las operaciones un carácter meramente artístico, hoy en ellas muy secundario, pues es más importante y más difícil saber cuándo se debe y cuándo no se debe operar que cómo se ha de hacer la operacion.

Omitimos otros muchos; no queremos preguntar si habiendo una clinica de operaciones, se han de hacer estas tambien en la clinica quirúrgica; ni en este caso hacer resaltar el inconveniente de que la rivalidad haga elegir para la enseñanza solo enfermos operables, en perjuicio de la instruccion quirúrgica, que se extiende á mucho más. Basta á nuestro propósito consignar que cual hoy se da á la asignatura de ana-

tomía quirúrgica, operaciones y vendajes, estas materias se enseñan mal por el poco tiempo, siendo las esenciales, y en cambio se pierde uno será muy útil como estudio para el cátedrático, pero perdida ó casi perdida para el alumno que carece de los conocimientos previos indispensables y no puede comprender bien lo que progresando. Se cuenta de cierto cátedrático de afectos externos, que murió hace años, y cuya filosofía en materia de amputaciones estaba reducida á decir á sus discípulos: «Señores, para cortar un brazo se hace así;» y practica la operacion en el cadáver. Hoy se hace en el vivo sin hablar antes nada, sin definirla; en una palabra, sin conocer el cómo, el por qué, ni el para qué de la terapéutica quirúrgica.

Pero si se quiere que la anatomía quirúrgica sea solo leccion alterna, y probado que la clinica de operaciones es á lo menos anti-lógica, puede explicarse en vez de esta por el mismo cátedrático la patologia quirúrgica, como se hacía en las facultades de segunda clase. No es que lo aprobemos; pero adoptando el principio establecido por el gobierno, podemos asegurar que es más fácil explicar en lecciones alternas la teoría de la cirujía, que las tres asignaturas que quedan mencionadas.

Basta por hoy y que se elija. Seis asignaturas llevamos revisadas, y en ellas pueden suprimirse tres cátedráticos; no se dirá que no atendamos á la economía del presupuesto, y si se nos contesta que la enseñanza se resentiría, diríamos que la idea no es nuestra, sino del gobierno que la puso en práctica en el real decreto de 15 de Marzo, y que aceptándola condicionalmente y á disgusto; queremos probarle que no es cierto que se atendiese á los gastos ni á mejorar la enseñanza: que lo que se tuvo en cuenta fueron otras razones, de las que ya van indicadas algunas, é irán saliendo á luz las restantes en otros artículos.

Las operaciones de la Caja general de depósitos se han resentido notablemente en la tercera semana del anterior mes de Setiembre. Así lo justifica la *Gaceta* de hoy.

Los ingresos por depósitos y cuentas corrientes han importado 25 millones (números redondos), y las devoluciones han subido á 27, contra lo que hasta ahora se ha ido observando, pues que las imposiciones excedían generalmente en muchos millones á las sumas que se retiraban de la Caja.

El Tesoro ha seguido la misma marcha en sus relaciones con la Caja de depósitos. Esta le ha entregado 12 millones, pero á la vez el Tesoro ha tenido que devolverle 16.

No nos llamarian tanto la atencion estos resultados que ofrece la Caja de depósitos en la última semana de sus operaciones que el público conoce, si al mismo tiempo no se hubiera hablado de una negociacion que parece haberse hecho en estos dias el señor ministro de Hacienda con el Banco de España, y que algunos la hacen subir á 240 millones de reales.

Como entre las personas de negocios se ha generalizado tanto esta noticia, que por otra parte no puede ser un secreto para los que tienen ligada parte de su fortuna á la fortuna del Banco, nosotros creemos que en efecto ha de haber algo sobre la negociacion de que hablamos. Pero en materias de tanta trascendencia no debe ni puede satisfacer lo que particular ó extraoficialmente se diga, sino que es necesaria

98 SANTIAGO
suspiros y sus miraditas, se quedará para vestir imágenes; y si no, que por mí sea la cuenta.
—Si tenéis algun medio para ayudarnos, replicó Adriana cada vez más sombría y más irritada, seriais muy culpable en no emplearlo al momento.
—Eso sería ahora muy intempestivo, Sra. Adriana; daríamos el golpe en vago, y es preciso estar en espera. El señor conde marcha mañana al ejército, y no le quedan más que algunas horas que pasar aquí: no le incomodemos por nada; además que despues de todo, nosotros no somos más que sus criados.
—¿Y quién le dirá la verdad, si nosotros se la ocultamos? dijo Adriana. No será su tia, que nos ha traído al castillo esa gatita muerta y la trata como á una señorita. Dionisio, si sois verdaderamente un buen criado, uníos á Vivant y á mí; vamos esta noche, ahora mismo, á buscar al señor conde; echémonos á sus pies y roguémosle que no deshonre su casa. Estoy cierta de que nos escuchará.
—¿Y si nos dice que no tenemos sentido comun? objetó con razon Dionisio.
—Si nos dice eso, replicó vivamente Adriana, será prueba de que no tiene los proyectos que le suponemos, y entonces podremos estar tranquilos. Veamos, Vivant, qué os parece.
Al pronunciar Adriana estas palabras, la puerta de la cocina se abrió lentamente y apareció Brulard.
Adriana lanzó un grito de horror; Vivant se levantó de la silla, pronto á arrojarse sobre el hom-

DE BRANCON. 103
Al ver á su amo, Vivant dejó caer la silla; pero su rostro conservó la expresion de furor que habia tomado al percibir á Brulard.
—¿Qué sucede aquí? preguntó Santiago con severo acento. ¿Qué gritos son estos?
Vivant guardó silencio; pero Adriana señaló con la mano á Brulard, que se habia puesto á un lado para dejar paso á su libertador, porque ciertamente lo fué en este instante.
—He reconocido perfectamente al Sr. Brulard, continuó Santiago, pero esto no me explica los gritos de furor que me han atraído aquí. Vivant, deseo saber la verdad, y si no tenéis suficiente calma para decírmela, espero que Dionisio me la dirá clara y explícita.
Dionisio se detuvo un momento para saber si aquel á quien habian interpelado, antes contestaría; pero viendo que no, dijo:
—Ciertamente, señor conde, que yo os contaré lo que ha pasado. Ya sabéis que Vivant y el señor Brulard no están muy conformes. Este deseaba veros, y aquel le ha contestado que no os veria; entonces se han trabado de palabras, y cuando llegásteis se iba la conversacion acalorando demasiado.
Vivant hizo un signo afirmativo, como para decir que Dionisio contaba el suceso con exactitud.
Santiago comprendió que era su deber impedir que sus criados faltasen á los deberes de la hospitalidad que siempre se habian respetado en su casa; pero que tampoco debía herir los sentimien-

102 SANTIAGO
le dijo con una especie de interés que podemos suponer inspirado por el temor de encontrarse comprometido personalmente en un mal negocio.
—Creedme, Sr. Brulard; tocad retirada, porque si Vivant suelta su tralla, no doy dos cuartos por vuestro pellejo.
—Puede matarme, pero no me iré; respondió Brulard en tono que le oyese Vivant y Adriana.
—No te mataré, gritó el primero con un acento formidable de odio y de desprecio; pero voy á echarte como á un infame que eres, y no verás al señor conde.
—Le veré, replicó Brulard con una energia igual á la rabia de Vivant. ¿Cómo? ¿Habreis llenado todos vuestros deberes hacia él, y yo no podré hacerlo? Vaya, cualquiera de vosotros, que me conduzca á su presencia.
El furor de Vivant no tuvo ya límites; un grito ronco se exhaló de su anhelante pecho; alzó de nuevo la silla, y se hizo dos pasos atrás para descargarla con más empuje: era fácil conocer que estaba completamente fuera de sí.
—¿Desgraciado! ¿Qué vas á hacer? gritó Dionisio con toda la fuerza de sus pulmones. ¡Un anciano indefenso! ¡Manchar con sangre esta casa! ¡Detente, detente!
Apenas pronunció estas palabras, se oyeron pasos precipitados en el corredor que conducía á la cocina, y en el momento apareció Santiago detrás de Brulard, que no habia abandonado su posicion en la puerta.

bre que odiaba con mayor frenesí; Dionisio únicamente permaneció impassible en medio de la sorpresa.
—Brulard.
Si se han tenido en cuenta durante la lectura de esta obra todas las circunstancias en que la profunda aversion de Adriana y Vivant hacia Brulard se ha manifestado; si nos acordamos que éste objeto de la repulsion de los dos fieles servidores no habia vuelto á poner los pies en el castillo desde la noche del incendio y el pillaje del mismo en 1793, y si consideramos en seguida los momentos en que se presenta de nuevo, y cuales son las implacables preocupaciones de sus adversarios, nos será muy fácil comprender hasta cierto punto las impresiones que debió producir su vista.
Al ver á Adriana, á Vivant y á Dionisio, se detuvo en el umbral de la puerta, pues era evidente que no esperaba encontrarse allí con ellos y que tampoco los buscaba en manera alguna.
Hemos dicho que Vivant se levantó terrible y amenazador al grito dado por Adriana; una vez de pie, cogió la silla por el respaldo como si fuese á romperse á Brulard sobre la cabeza.
Dionisio le puso la mano sobre el brazo, y le dijo á media voz:
—No armes escándalo, amigo mio; el señor conde de lo sentiria mucho, créedme.

99 DE BRANCON.
bre que odiaba con mayor frenesí; Dionisio únicamente permaneció impassible en medio de la sorpresa.
—Brulard.
Si se han tenido en cuenta durante la lectura de esta obra todas las circunstancias en que la profunda aversion de Adriana y Vivant hacia Brulard se ha manifestado; si nos acordamos que éste objeto de la repulsion de los dos fieles servidores no habia vuelto á poner los pies en el castillo desde la noche del incendio y el pillaje del mismo en 1793, y si consideramos en seguida los momentos en que se presenta de nuevo, y cuales son las implacables preocupaciones de sus adversarios, nos será muy fácil comprender hasta cierto punto las impresiones que debió producir su vista.
Al ver á Adriana, á Vivant y á Dionisio, se detuvo en el umbral de la puerta, pues era evidente que no esperaba encontrarse allí con ellos y que tampoco los buscaba en manera alguna.
Hemos dicho que Vivant se levantó terrible y amenazador al grito dado por Adriana; una vez de pie, cogió la silla por el respaldo como si fuese á romperse á Brulard sobre la cabeza.
Dionisio le puso la mano sobre el brazo, y le dijo á media voz:
—No armes escándalo, amigo mio; el señor conde de lo sentiria mucho, créedme.

